

LOS CUATRO SIGLOS DEL *QUIJOTE**

Mario Vargas Llosa

Como los grandes paradigmas literarios, el *Quijote* es también una ficción sobre la ficción. Mario Vargas Llosa reflexiona en este ensayo acerca de lo que constituye la ficción y de cómo ella opera en la vida, el servicio que presta y los estragos que puede causar.

MARIO VARGAS LLOSA. Escritor y ensayista. Su primera publicación, *Los jefes* (cuentos, 1959), obtuvo el premio Leopoldo Arias, al que le seguiría una larga lista de futuros reconocimientos y galardones; entre ellos el de la Crítica Española (1966) y el Nacional de Novela (Perú, 1997), el Internacional de Literatura Rómulo Gallegos (Venezuela, 1967) y el Miguel de Cervantes del Ministerio de Cultura de España (1994). En 1990 fue candidato a la presidencia de la República de Perú por el Frente Democrático (FREDEMO). Miembro de la Academia Peruana de la Lengua y de la Real Academia Española, ha sido profesor visitante y escritor residente en varias universidades europeas y norteamericanas. Entre sus publicaciones más recientes se cuentan *La fiesta del Chivo*, novela (2000); *Nationalismus als neue Bedrohung*, selección de ensayos políticos, publicado sólo en alemán (2000); *El lenguaje de la pasión*, selección de artículos de la serie *Piedra de toque* (2001); *El paraíso en la otra esquina*, novela (2003); *Diario de Irak*, selección de artículos sobre la guerra en Irak (2003); *La tentación de lo imposible*, ensayo sobre *Los Miserables* de Víctor Hugo (2004); *Un demi-siècle avec Borges*, entrevista y ensayos sobre Borges (2004).

* Presentado en el Centro de Estudios Públicos, Santiago, el 1 de marzo de 2005, con motivo de la celebración del 25º aniversario del CEP. Una primera versión de este texto, ahora muy ampliado y corregido, fue leída el 23 de abril de 1995, en Alcalá de Henares, con motivo de la entrega al autor del Premio Cervantes.

A Cervantes, la vertiginosa bibliografía y el culto oficial de que es objeto, lo han, en cierta forma, petrificado, como a Homero, Dante o Shakespeare, esos autores que igual que él han pasado a ser símbolos de una lengua y una cultura, haciéndonos olvidar, a menudo, que el ícono semi-divinizado por el respeto y las venias de las generaciones fue una criatura de carne y hueso enfrentada, como las demás, a las emboscadas de un destino incierto y que su obra no resultó del milagro ni el azar, sino de la voluntad, el trabajo, la artesanía y la paciencia.

En ningún otro de esos creadores es tan visible ese relente de humanidad identificable por el hombre común, como en la vida azarosa que se inició en Alcalá de Henares, algún día del otoño de 1547, de Miguel, el hijo de Rodrigo Cervantes, barbero y cirujano chambón, que vivió acosado por los pleitos y huyendo de la mala suerte. Ésta fue la única herencia que legó a su hijo, al parecer: los infortunios —juicios, excomuniones, fugas, estrecheces— de una existencia que, pese al asedio de los historiadores, conserva todavía grandes zonas de sombra y, como la de Shakespeare, tenemos en buena parte que adivinar. Pero sí sabemos con certeza que la vida de Miguel de Cervantes Saavedra fue la de un ciudadano español sin títulos ni fortuna, que vivió siempre en la medianía y el apuro, aunque los dos arcabuzos que recibió en Lepanto y la mano izquierda que le quedó anquilosada a causa de ello hayan inducido a los hagiógrafos a izarlo sobre el zócalo del héroe. No lo fue, por lo menos no en el sentido épico de la expresión, sólo en ese otro, discreto, que es el heroísmo de las gentes anónimas, por haber resistido sin desfallecer tantos reveses y pellejerías: su condena en rebeldía por haber herido a Antonio de Sigura y su fuga a Italia; los cinco años de cautiverio en Argel y la esclavitud en manos del renegado griego Dalí Mamí; las negativas de los burócratas cuando quiso servir a la corona en las Indias; las cárceles por deudas y supuestos tráficos; la infamante chismografía sobre la inconducta de sus hermanas y su propia hija natural, Isabel, y la amargura de no alcanzar la gloria en el género príncipe, la poesía, debiendo contentarse con la plebeya narrativa, tan lejos de la cúspide intelectual y tan cerca del populacho.

La vida de Cervantes nos emociona y nos entristece pero no nos admira: era la precaria del español de a pie en esos tiempos convulsos. Lo que nos desconcierta es que de esa vida marcada por la sordidez, el sufrimiento y las frustraciones, hubiera podido surgir una aventura tan generosa como la del Quijote, esa representación tan sana y risueña de la condición humana. Sobre ella parece haberse dicho ya todo. Y, sin embargo, vez que la releemos y comprobamos lo viva y actual que se conserva, descubrimos que siempre habrá sobre ella cosas nuevas por decir.

Toda obra genial es una evidencia y una incógnita. El *Quijote*, como la *Odissea*, la *Commedia* o el *Hamlet*, nos enriquece como seres humanos, mostrándonos que, a través de la creación artística, el hombre puede romper los límites de su condición y alcanzar una forma de inmortalidad; al mismo tiempo nos fulmina, haciéndonos conscientes de nuestra pequeñez, contrastados con el gigante que concibió esa gesta. ¿Cómo pudo Cervantes perpetrar un deicidio semejante? ¿Cómo fue posible desafiar de ese modo la creación del Creador? Escribiendo la historia del Ingenioso Hidalgo, Cervantes potenció la lengua española a unas alturas que nunca había alcanzado y puso un tope emblemático para quienes escribimos en ella; y renovó el género novelesco, dotándolo de una complejidad y sutileza tan vastas como la ambición destructora y reconstructora del mundo que lo anima. Desde entonces, todas las novelas se medirían con la marca que ella estableció, ni más ni menos como todo el teatro estaría siempre espiando a hurtadillas al de Shakespeare, piedra de toque de los escenarios.

Que fue y es una gran novela cómica y a la vez muy seria, que ella recrea en un mito sencillo la insoluble dialéctica entre lo real y lo ideal, que a la vez que pulverizaba las novelas de caballerías les rendía un soberbio homenaje, nos lo han explicado los críticos. Han dicho menos que, entre las muchas cosas que es, como todos los grandes paradigmas literarios, el *Quijote* es también una ficción sobre la ficción, sobre lo que ella es y la manera como opera en la vida, el servicio que presta y los estragos que puede causar. Este tema reaparece en todas las literaturas porque es un tema permanente en la vida de las gentes, y ningún novelista lo metabolizó con tanta astucia, de manera tan seductora y tan clara, como lo hizo Cervantes, sin proponérselo ni saber que lo hacía, en una novela que él concibió, apenas, como una crítica a una moda literaria: las novelas de caballerías.

El origen de la ficción es muy simple, en un principio, aunque luego se vuelva complicado. Hombres y mujeres no están contentos con las vidas que viven, que se hallan siempre por debajo de sus anhelos y, como no se resignan a renunciar a esas vidas que no tienen, las viven en sueños; es decir, en los cuentos que se cuentan. La literatura es una rama de un árbol opulento: la ficción. Ese quehacer, inventarse y contarse historias para soportar mejor la historia que se vive, es antiquísimo como el lenguaje y sin duda se practicó desde que las primeras manifestaciones de una comunicación inteligente sustituyeron a los gruñidos y brincos del antropoide en la caverna primitiva. Allí debieron de escucharse, junto al fuego, las primeras ficciones, en la misma actitud reverencial con que, a lo largo de los milenios

y a lo ancho de todas las geografías, las escucharían los niños de bocas de las abuelas, las tribus convocadas en los claros del bosque por habladores y chamanes, los vecinos en las plazas de las aldeas cantadas por los cómicos de la legua, y los poderosos en los salones de las cortes y palacios recitadas por los troveros. Con la escritura, la ficción pasó al libro, que fijó lo que hasta entonces era un universo perecible de oralidad. La literatura estabilizó, dio permanencia a los mitos y prototipos cuajados en la ficción: gracias a ella, de un modo misterioso, esa vida alternativa, creada para llenar el abismo entre la realidad y los deseos sobre el cual se columpia la criatura humana, obtuvo derecho de ciudad y los fantasmas de la imaginación pasaron a formar parte de lo vivido, a ser, en palabras de Balzac, la historia privada de las naciones.

Una ficción es un entretenimiento sólo en segunda o tercera instancia, aunque, por supuesto, si *también* no es diversión y hechizo, ella no es nada. Una ficción es, primero, un acto de rebeldía contra la vida real y, en segundo, un desagravio a quienes desasosiega el vivir en la prisión de un único destino, aquellos a los que solivianta esa “tentación de lo imposible” que, según Lamartine, hizo posible la creación de *Los miserables* de Victor Hugo, y quieren salir de sus vidas y protagonizar otras, más ricas o más sórdidas, más puras o más terribles, que las que les tocó. Esta manera de explicar la ficción puede parecer truculenta, tratándose de lo que a simple vista no es más que el benigno pasatiempo de un señor que, en la noche, antes de que le vengan los bostezos, perpetra el crimen de Raskolnikov y se duerme, o de la virtuosa señora que toma el té de las cinco cometiendo las travesuras de las damas de Boccaccio sin que se entere su marido. Pero, como nos muestra Alonso Quijano, la ficción es algo más complejo que una manera de no aburrirse: el transitorio alivio de una insatisfacción existencial, un sucedáneo para ese hambre de algo distinto a lo que ya somos y ya tenemos, que, paradójicamente, la ficción aplaca al mismo tiempo que exacerba. Porque esas vidas prestadas que son nuestras gracias a la ficción, en vez de curarnos de nuestros deseos, los aumentan y nos hacen más conscientes de lo poco que somos comparados con los seres extraordinarios que maquina el fantaseador agazapado en nuestro ser.

La ficción es testimonio y fuente de inconformidad, desacato del mundo tal como es, prueba irrefutable de que la realidad real, la vida vivida, están hechas apenas a la medida de lo que somos, no de lo que quisiéramos ser. Por eso debemos inventar unas vidas distintas. Esa vida ficticia, superpuesta a la otra, sobre todo cuando ella es sobresaliente, como en los tiempos en que Cervantes escribió su risueña epopeya, no es un síntoma de

felicidad social, más bien de lo contrario. ¿Para qué necesitaría una sociedad procrear en su seno esas vidas paralelas, esas mentiras, si la que tiene le bastara, si las verdades de la existencia la colmaran? La aparición de una gran novela es siempre indicio de una rebeldía vital, articulada en la configuración de un mundo ficticio, que, guardando el semblante del mundo real, en verdad cuestiona a éste y lo rechaza. Ésa es, tal vez, la explicación de la fortaleza con que Cervantes parece haber sobrellevado su difícil circunstancia: desquitándose de ella con un deicidio simbólico, reemplazando la realidad que lo maltrataba con el esplendor de la que, sacando fuerzas de sus decepciones, inventó para oponerle.

Combatir la realidad con la fantasía, que es lo que hacemos todos cuando contamos o fabricamos historias, es un juego entretenido mientras nos mantengamos lúcidos sobre las fronteras inquebrantables entre ficción y realidad. Cuando esa frontera se eclipsa y ambos órdenes se confunden, como ocurre en la mente de Alonso Quijano, el juego cede el lugar a la locura y puede tornarse tragedia. Ahora bien, aunque es evidente que el temerario manchego acomete un sinfín de disparates, pues actúa con una percepción de lo real esencialmente falsa, o, mejor, falseada por la ficción caballeresca, sus excentricidades no le han merecido nunca el desprecio de los lectores. Por el contrario, incluso para sus contemporáneos, que leyeron el libro riéndose a carcajadas y vieron en él sólo una novela cómica, el esmirriado manchego que arremete contra molinos de viento creyéndolos gigantes, toma la bacía de un barbero por el yelmo de Mambrino y ve castillos y palacios en las ventas del camino, apareció como un ser moralmente superior, empeñado en una aventura noble e idealista, aunque, a causa de la desbocada fantasía que enturbia su razón, todo le salga al revés. Desde un principio, los lectores se identifican con el Quijote, que ha sucumbido a la tentación de lo imposible tratando de vivir la ficción, y toman una distancia perdonavidas del buen Sancho Panza, a quien, por su sentido común, por vivir amurallado dentro de lo posible, se ha convertido en encarnación de una deleznable forma de humanidad, la del hombre en el que la materia sofoca al espíritu y cuyo horizonte vital es mezquino de tanto pragmatismo.

Juzgando en frío, hay una gran injusticia en esta desigual valoración de la célebre pareja, al menos si la perspectiva del juicio se desplaza de lo individual a lo social. Pues, lo cierto es que esos rechazos del Quijote al mundo tal como es, provocan múltiples desaguizados, tropelías y aún catástrofes: destruyen bienes ajenos, ponen en libertad a peligrosos criminales, diezman rebaños, aterran o dejan tundidos y birlados a humildes aldeanos.

De otro lado, aunque el sesgo cómico que a menudo toman sus aventuras y los golpes y maltratos que suele recibir en ellas lo suavicen, hay un rasgo de su personalidad que, fuera de la órbita de la ficción, produce escalofríos: Don Quijote es un fanático. Tiene la visión unilateral de la vida del creyente dogmático, dueño absoluto de la verdad, incapaz de aprender de sus errores y de tener dudas, de aceptar que la razón y la inteligencia son a veces mejores instrumentos para comprender la realidad que la fe y la pasión. Él nunca se equivoca. Cuando Sancho trata de hacerle ver que los enemigos que atacó eran meros odres de vino, o un rebaño de cabras, o simples peregrinos o pastores, él apabulla a su escudero con denuetos. No, no ha sido así: los encantadores, como el sabio Frestón, trastornaron la realidad para hacerle daño y burlarlo. Estos hechiceros pueden perpetrar las más fantásticas mudanzas en el mundo real sin que por ello se vea afectada en lo más mínimo esa seguridad de estar en lo cierto y en lo justo que mueve al Quijote a embestir con su lanzón a los fantasmas con que va poblando el mundo su encabritada fantasía. El personaje nos hace reír, pero él carece por completo de sentido del humor, y, como todos los creyentes absolutos, es mortalmente serio. Su peripecia nos conmueve porque todo le sale mal y —sobre todo— porque lo que hace y padece ocurre allá, lejos de nosotros, en la ficción. El fanatismo del Quijote es anticipatorio y está embebido de una crítica frontal a los prejuicios que genera. Cervantes se las arregló para esbozar en su criatura no sólo la silueta de un provinciano hidalgo nostálgico de los tiempos idos de los caballeros andantes, sino, también, un prototipo de aquella otra forma de locura perniciosa, de irrealidad mental, que era en su tiempo la de los inquisidores que quemaban infieles, había sido la de los cruzados que predicaron y practicaron la guerra santa, y sería, en el futuro, la de los jacobinos adoradores de la diosa Razón que quemarían iglesias y decapitarían a curas y monjas, la de los arios puros que exterminarían a las razas inferiores en los campos de concentración nazis y la de los comisarios que, en defensa de la ortodoxia ideológica, desaparecerían a millones de reales o supuestos disidentes en el Gulag siberiano.

Las empresas del Quijote sólo son simpáticas a sus lectores, de ninguna manera a esos pobres diablos que su fantasía convierte en encantadores, encantados o caballeros andantes y a los que trata a menudo de ensartar con su lanzón.

Sancho Panza, en cambio, al que la novela finge presentarnos como un chusco analfabeto que no parece tener en la vida horizonte más elevado que llenarse el estómago, aunque en lo individual aparece como un ser

basto, materialista y tontón, desde el punto de vista social es un ciudadano mucho más respetuoso de la ley y del prójimo que su amo. No es culto, como éste, porque no ha aprendido a leer ni a escribir; pero está dotado de una inmensa sabiduría natural, perfeccionada en la dura escuela de la lucha por la supervivencia, que se vuelca en esa inagotable cantera de refranes, dichos y frases de la cultura popular a la que echa mano para explicar a su amo, y explicarse a sí mismo, las malandanzas a que se ve arrastrado por don Quijote. A diferencia de éste, que nunca cambia, que, salvo al final de la historia, cuando recupera la razón, es siempre el mismo, un ser acorazado en sus convicciones inmovibles, Sancho Panza, pese a su ignorancia, es un espíritu abierto, al que la experiencia de la vida va transformando, al extremo de que el Sancho Panza que vemos en el dominio de los duques haciendo las delicias de la duquesa con su locuacidad y su cazurra filosofía y gobernando con salomónica prudencia la ínsula Barataria, tiene poco que ver con el palurdo que era cuando Alonso Quijano lo embarcó en su aventura caballeresca. A diferencia de don Quijote, Sancho se conforma con lo posible y, por eso, es más feliz, o, mejor dicho, menos infeliz que el Ingenioso Hidalgo, condenado a la infelicidad por su disidencia perpetua con el mundo tal como es. A su manera, don Quijote, el disidente esencial, es un héroe; a la suya, el pragmático Sancho es el ciudadano ideal, cuya conducta garantiza el orden social, aunque no siempre la libertad ni el progreso. Si hubiera prevalecido el pragmatismo de Sancho, su comprensión cabal de las cosas de este mundo, el Quijote tendría, al final de la historia, los lomos menos magullados y su boca más dientes. Pero, entonces, no habría habido novela —o ella habría sido aburridísima— y la lengua y la literatura españolas serían menos fértiles de lo que son.

Ahora bien, don Quijote, sin Sancho Panza, su escudero, queda trunco y, podríamos decir, sólo a medias existe. Su compañero de aventuras lo completa, y viceversa. No pueden ser más distintos. Aquél, enteco, larguirucho, esquelético, devorado por una ilusión quemante que le niebla y a veces abole la realidad, y, éste, achaparrado, panzón, materialista y pragmático hasta el hartazgo. ¿Por qué nos parecen inseparables, el anverso y el reverso de un solo ser? Porque, entrelazados, desaparece lo que hay en cada uno de ellos de caricatural y exagerado, y despunta la normalidad. Sancho Panza es el ancla sin la cual el Quijote escaparía a la ley de la gravedad y se elevaría hacia unas alturas tales que, al caer desde ellas a la realidad, se desharía, como los espejismos con la cercanía del observador. Gracias a Sancho, las quimeras y fantasías del Quijote tienen un contrapeso terrícola y racional que salvan al héroe de la desintegración. Y, gracias al

Quijote, su escudero, quien, sin entender bien las locuras de éste, vive intrigado, fascinado y admirado por él, adquiere, pese a su empecinada vocación de sometido y ventral, un barniz de excéntrico y hasta un aura de espiritualidad. Por eso, al final de la segunda parte del *Quijote*, se produce ese extraño trasvase de vasos comunicantes: Sancho Panza, posesionado del apetito de irrealidad de su amo, urge a éste que se levante de su lecho, renuncie al realismo, y salgan juntos a protagonizar una nueva fantasía, esta vez no caballescra sino pastoril, en tanto que el Quijote, que ha recobrado la razón y renunciado al delirio imaginativo, se ha resignado a hacer suya la visión objetiva y conformista del mundo que era la de Sancho al comenzar la historia.

La visión ambigua, la visión compleja de lo humano, rasgo de las acciones del Quijote no sólo asoma en éste; también, en la estrecha dependencia mutua que en la desigual pareja forja la ficción.

Todo esto quiere decir, por lo menos, dos cosas. La primera, que en el Quijote no admiramos a un personaje real sino a un fantasma, a un ser de ficción, y lo que nos aleja de Sancho es que, a diferencia de su amo, no se despega demasiado de nosotros. Por eso, su manera de actuar y ver las cosas no nos parecen las de un ser novelesco sino las de un mero mortal. Eso me lleva a la segunda conclusión: que la razón de ser de la ficción no es representar la realidad sino negarla, trasmutándola en una irrealidad que, cuando el novelista domina el arte de la prestidigitación verbal como Cervantes, se nos aparece como la realidad auténtica, cuando en verdad es su antítesis.

Ése es, acaso, el simbolismo del Quijote que mueve más íntimamente nuestra solidaridad hacia su desgarbada figura: él ha convertido en práctica cotidiana esa magia que el común de los mortales necesita también para rellenar los vacíos de la vida pero sólo practica a ratos, cuando sueña, lee o asiste a un espectáculo, es decir, cuando se desdobra, ayudado por la imaginación. El Quijote no se desdobra: sale de sí de verdad, cruza los límites prohibidos hacia los espejismos de la ficción, y ni los peores reveses consiguen regresarlo al mundo real. Más que el contenido de su sueño o su tabla de valores, lo que en él es eterno es el hambre de ficción que lo carcome, tan avasallador que lo empuja a este enloquecido trueque: dejar de ser de carne y hueso para tornarse quimera, ilusión.

Es verdad que la empresa quijotesca —salir de la realidad propia para vivir la fantasía— ha dado tipos humanos excepcionales, gracias a cuyas insensateces el mundo ha progresado en el dominio del conocimiento y que sin ellos la vida sería mucho más gris de lo que es. El progreso científico, social, económico, cultural, se debe a soñadores temerarios como

Alonso Quijano: sin ellos Europa no habría descubierto aún América, ni la imprenta, ni los derechos humanos y seguiríamos zapateando en la tierra como hacían los iroqueses para que cayera la lluvia sobre las cosechas. Pero también es cierto que el llamado de lo irreal, al agujonear en hombres y mujeres el apetito de lo que no tienen ni tendrán, ha aumentado, considerablemente, la infelicidad humana. Se trata de un problema insoluble, pues no hay una manera realista de que aquello que intenta el Quijote sea posible y lleguemos a vivir, simultáneamente, en la vida objetiva de la historia y en la subjetiva de la ficción.

Pero sí hay una manera figurada, y es la que pactan Cervantes y sus lectores, claro está. De ese contrato subconsciente que firman el novelista y su público para jugar a las mentiras depende la novela, género nacido a fin de completar las incompletas vidas de los mortales con aquellas raciones de heroísmo, pasión, inteligencia o terror, que añoran porque no las tienen, o no en las dosis que exige la imaginación, ese combustible por excelencia de la disidencia vital. Es verdad que la ficción es un paliativo fugaz para el desasosiego que surge de la toma de conciencia de nuestros confines, la imposibilidad en que nos hallamos de ser y hacer todo lo que nuestra fantasía y nuestros deseos reclaman. Pero, aún así, gracias a ella nuestras vidas se multiplican en un universo de sombras que, aunque frágiles y amasadas con una leve materia, se incorporan a nuestras vidas, influyen en nuestros destinos y nos ayudan a solucionar el conflicto que resulta de esa extraña condición nuestra de tener un cuerpo condenado a una sola vida y unos apetitos que nos exigen otras mil. La manera como la literatura influye en la vida es misteriosa y todo lo que se diga al respecto debe tomarse con cautela. ¿Hizo la ficción más desdichado o más feliz a don Alonso Quijano? De un lado, lo puso contra el mundo, lo hizo estrellarse contra la terca realidad y perder todas las batallas. De otro ¿no vivió así más plenamente que sus congéneres? ¿Hubiera sido más envidiable su destino sin esa porfía suya en proyectar sobre la vida real las criaturas de su espíritu? ¿No hay, en su empresa insensata, algo que nos redime de la rutina, no nos hace vivir algo de todo aquello que no hicimos, ni fuimos, y hemos vivido añorando, soñándolo?

Por eso, si todos los seres humanos que recurren a las ficciones tienen por el Quijote una devoción particular, los que dedicamos nuestras vidas a escribirlas, nos sentimos recónditamente afectados por su historia, que simboliza la que emprendemos cada vez que, enfrentados a la página en blanco con la fantasía y las palabras, lo emulamos en el afán de arraigar lo imaginario en lo cotidiano, la ilusión en la acción, el mito en la historia, y encontramos en su aventura aliciente para las nuestras.

Cervantes fue uno de los primeros escritores en describir, valiéndose de la literatura, la función que ésta tiene en la vida y la manera como vida y literatura, siendo esencialmente distintas, se complementan, se influyen y enriquecen y cómo a través de la ficción los seres humanos logran romper los límites en que viven encarcelados y multiplican sus destinos particulares. Alonso Quijano es la forma extrema y desquiciada que puede alcanzar esa constante búsqueda de vidas más ricas y variadas que llevan a cabo los seres humanos valiéndose de la ficción; él ha ido más lejos que el común de los lectores u oyentes de historias que van y vienen del mundo real al de las fantasías literarias, escapando así de la rutina embrutecedora y el agobio de lo cotidiano. Contar es vivir más y mejor, y, el *Quijote*, una novela donde no sólo el autor, y Cide Hamete Benengeli, el supuesto redactor en árabe del manuscrito original que aquél no habría hecho sino adaptar y transcribir en español, cuentan; lo hacen también los personajes, trenzando una verdadera selva de historias, un mundo en el que la pasión relatora es ejercitada por casi todos los hombres y mujeres, que, de este modo, viven varias vidas a la vez: la real y la que sus relatos embellecen, exageran o deforman mediante la palabra. Se trata de una pasión contagiosa. En las primeras páginas, es el alucinado Alonso Quijano quien la manifiesta. Pero, luego, esa tendencia a proyectarse en un mundo de fantasía, contamina su entorno. Y así, por ejemplo, para traer de vuelta al Quijote a la aldea, el cura y el barbero inventan una historia, con la que colabora Dorotea, la mujer desechada por Fernando. Poco después, en el capítulo XXIX, vemos a todos —cura, barbero, Sancho Panza, Dorotea, Cardenio— viviendo la ficción que han inventado, ni más ni menos que como hace el Quijote con el mundo de los caballeros andantes y los encantadores. Este proceso se intensifica y alcanza su cúspide en la segunda parte de la novela, durante la estancia de don Quijote y Sancho en los dominios de los misteriosos duques, quienes, seducidos por las aventuras del Ingenioso Hidalgo que han leído en la primera parte de la historia, montan una cadena de representaciones —la aventura de Clavileño, el caballo volador, el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria— que mudan la vida en ficción. De este modo, aunque en las peripecias concretas que protagoniza, don Quijote es siempre derrotado, de algún modo la novela lo desagravia, porque su delirante obsesión —convertir la realidad real en la realidad ficticia de las novelas caballerescas— logra abrirse camino hasta impregnar la vida entera, volviéndola teatro, literatura, invención.

En el ámbito de la lengua española, el *Quijote* es el libro paradigmático de la literatura, la novela que encarna, en el máximo grado de excelencia,

esa vida imaginaria que, inspirada en la real pero distinta a ella en esencia, representa la ficción. ¿Por qué ciertos libros, como el *Quijote* o *La Divina Comedia*, o autores como Shakespeare y Goethe, llegan a convertirse en emblemas de una civilización?

La primera de las razones es lingüística. En el *Quijote* la lengua española alcanza un apogeo, luce, espectáculo fastuoso, sus formidables facultades expresivas, su diversidad y capacidad para expresar los estados y sentimientos más diversos, el humor, el drama, la ironía, para traducir en palabras los paisajes de la naturaleza exterior y de la intimidad, y mostrar, adjetivando o nombrando, los infinitos matices de la experiencia humana. En ciertas páginas del *Quijote* el español se vuelve música, en otras, ensueño, en otras fantasmagoría, y, a menudo, cruda y brutal realidad. Y, en buena parte de la novela, juego, malabarismo intelectual. Hablar de *un* lenguaje en el *Quijote* es una simplificación falaz. Porque, en verdad, en sus páginas hay un abanico de lenguajes, distintos y, sin embargo, sólidamente unidos en sus raíces, como vástagos de un solo ser. Hay el lenguaje arcaico y engolado, artificioso, que emplea don Quijote de la Mancha, inspirado en el que los libros de caballerías atribuyen a los caballeros andantes —un lenguaje que en la novela de Cervantes se vuelve parodia y reverencia a la vez— y hay, en el otro extremo del arco, el popular y villano de Sancho Panza, pletórico de refranes y dichos secuestrados del habla callejera, de la gente del común, una lengua sabrosa, vital, pintoresca y efervescente. Y hay, asimismo, un lenguaje refinado, literario, trabajado con esmero y mucho menos personalizado que los del Quijote y su escudero, que es por lo general el que emplea Cervantes para narrar las historias autónomas incorporadas a la novela que expanden la historia de hidalgo manchego hacia el pasado histórico y hacia otros mundos en aras de la imaginación, delatando su vocación universal. Y, sin embargo, pese a esa profusión de estilos, el lector del *Quijote* tiene siempre, leyendo la novela, la sensación de una unidad sin cesuras, de una lengua que es una sola, desplegando en esta historia sus metamorfosis gracias a la mano maestra que gobierna su frondosa naturaleza.

Desde luego, el poderío y la elegancia, la sutileza y la variedad de la prosa cervantina, que nos hechiza, arrulla y disemina en un mundo de ficción, es una de las razones por las que el *Quijote* es el libro símbolo del español. Pero hay otras obras clásicas extraordinarias en las que la lengua española muestra también sus poderes, como en los diálogos de *La Celestina*, o en los poemas de Góngora o de Quevedo, y esas obras, siendo geniales, nunca han cumplido la función paradigmática del *Quijote*. ¿Por qué? Porque el *Quijote* inmortalizó a una pareja, Sancho Panza y don Quijote, con

la que puede identificarse, e identificar algo profundo y permanente, el lector de cualquier época y cultura.

Ese algo tiene que ver con la ambición desmesurada de la obra —ejemplo prístino de la novela total—, y con la convicción, sostenida por muchas generaciones de lectores, de que en las vicisitudes y los personajes de la novela de Cervantes ha quedado quintaesenciado el carácter de un pueblo, su idiosincrasia, sus rasgos prototípicos, sus valores, su destino particular, su vocación espiritual y, en suma, todo aquello que da a una sociedad una fisonomía propia. No importa que, sometida esta idea a un escrutinio científico, resulte falsa, ya que, por más cohesionada y soberana que haya sido y sea, ninguna comunidad humana es tan homogénea que pueda encarnarse de este modo en *una* sola obra, en *un* solo autor, aun si éste es tan caudaloso como Shakespeare. Pero eso no importa nada, pues no estamos hablando de un fenómeno objetivo, sino de un mito. El mito es una elección lenta y misteriosa que hace una colectividad de sus modelos, íconos, prototipos y símbolos, extrayéndolos de las canteras del folclore, la religión y la literatura. Cuatro siglos de historia y decenas de generaciones de hispanohablantes hemos decidido que el *Quijote* nos expresa y representa, en lo que somos, en lo que hablamos, en lo que creamos y creemos, más intensa, bella y fielmente que ninguna otra creación literaria.

Eso dice tanto de nosotros, los hispanohablantes, como del *Quijote*. Para proseguir en esta indagación vale la pena despellejar la palabra que el personaje creado por Cervantes nos legó: quijotesco. El adjetivo acarrea nociones no necesariamente compatibles entre sí. Significa arrojado, extremo, idealista, iluso, heroico. Pero, también, entrometido, falto de humor, en entredicho con la realidad. Así nos gustaría ser, por lo visto. Y quién se atrevería a negar que, tanto en España como en Iberoamérica, hemos dado, muchas veces en nuestra historia, pruebas flagrantes de falta de realismo, de ese divorcio con el mundo objetivo, por exceso de idealidad, que caracteriza a don Quijote.

¿Es esto un defecto o una virtud? Depende del cristal con que se le mire. Desde cierto punto de vista, embestir contra molinos de viento tomándolos por gigantes puede ser una empresa admirable, si vemos en ella el resultado de la insatisfacción que produce la chata realidad en un espíritu inconforme, la voluntad de enriquecer la vida, la resistencia de un ser rebelde a doblegarse a una forma pedestre de la existencia. Pero, también es posible definir aquella actitud como una enajenación profunda que impide juzgar cabalmente el mundo, percibir tal como es la circunstancia histórica, y, a la manera de los niños incapaces de discriminar entre lo real y lo irreal, a

actuar de manera imprudente, irresponsable y catastrófica, provocando toda clase de estropicios en sí mismo y en el entorno social. En el *Quijote*, ambas contradictorias lecturas son inseparables, coinciden en una sola personalidad y, por eso, ésta resulta ambigua, es decir, profundamente humana, ya que el rasgo más representativo de lo humano es la ambigüedad. A diferencia de los héroes caballerescos como el Amadís, Tristán de Leonís, o Esplandián, que tiene por modelos, figuras rectilíneas, de una sola pieza, sin matices, el *Quijote* es un ser escindido por una complejidad que hace de él un ser susceptible de interpretaciones contradictorias, como cualquier mortal de carne y hueso. Esta humanidad del personaje cervantino lo distancia abismalmente de sus congéneres caballerescos y le confiere su condición de primer héroe de la novela moderna.

Además de ambiguo, don Quijote es un ser libre, que practica la libertad en todos sus actos, sin importarle un bledo lo que en ello arriesga, convencido como está de que “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres” (II, 58, págs. 984-985). Esta hermosa definición de la libertad es la de un individualista recalitrante y un insolente libertario. El Quijote, a diferencia del respetuoso Sancho, temeroso de la autoridad y de las leyes, cree que la justicia en este mundo no es algo que deba administrar el Estado, entidad remota y abstracta de cuya existencia ni siquiera se ha percatado, sino obra de ciudadanos idealistas e íntegros, como él y su estirpe, la de los caballeros andantes, que se lanzan a los caminos “para el servicio de su república” y echan sobre sus hombros la tarea de “desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas” (I, IX, pág. 85), y defender a los menesterosos. Su idea de la justicia no está subordinada a una legislación laica o religiosa: obedece a una concepción soberana y personal, que él ejercita aunque ella lo ponga en vías de colisión con el orden establecido, como ocurre cuando, en nombre de su desafortunado amor a la libertad, libera a doce delincuentes, entre los que se encuentra el torvo Ginés de Pasamonte, condenados a ir a remar a las galeras del rey. La locura y el humor atenúan, pero no apagan, esa predisposición insumisa, desquiciadora y subversiva del orden establecido que alienta en la conducta del Quijote. Para bien y para mal, eso también nos representa y ha sido hasta ahora poco menos que una constante de la historia iberoamericana.

Las ideas y lecciones que se pueden aprovechar en las páginas de esa novela que cumple ahora cuatro siglos de edad son incontables. Pero,

lo más hechicero y actual en ella sigue siendo esa pareja que cabalga por sus páginas, contrahecha, absurda, pintoresca, graciosa, tierna, emocionante, incansable, revelándonos, en cada una de sus peripecias, la maravillosa abundancia de la imaginación para recrear a la criatura humana.

Lima, 18 de enero de 2005.